

CAPITULO IX.

LA TOSCANA.

I.

Liorna.

Florenia 15 de diciembre.

El vapor *Princesa* tardó nueve horas en llevarnos de Génova á Liorna.

La noche fue terrible, y las dos cámaras estuvieron convertidas en dos enfermerías.

¿Qué le habíamos hecho nosotros al mar?

Al amanecer aplacó su furia, y al poco rato oímos las cadenas de las anclas. Cesó el ruido del hélice; paróse el vapor, y todo el mundo dijo:—¿*Liorna?*—*Liorna.*—*Liorna!*... con diferentes entonaciones.

Subí sobre cubierta; y me encontré delante de una ciudad fortificada, en un puerto bastante concurrido y en frente de un muelle en que se movian muchos comerciantes y marineros.

—Estamos en la *Toscana*, me dije; en la patria de Dante, de Maquiavelo y de los Médicis; donde Miguel Angel...

Pero las operaciones del desembarco me impidieron continuar mi tácito monólogo.

El cielo se habia despejado y el sol iluminaba el litoral.

Allá á lo lejos, hácia la izquierda, se divisaban las aguas del Arno y algunos edificios de *Pisa*, situada á tres leguas de Liorna.

Pisa se bañaba antiguamente en las olas; pero las aguas se han ido retirando de ella, ó las arenas del Arno han hecho retroceder á las aguas, hasta el punto de haber hoy dos leguas de playa entre la que fue rival de Génova y la orilla del *Mar Tirreno*.

Lo mismo ha acontecido en la Valencia de España y en otras muchas ciuda-

des marítimas; y así como en Valencia se ha fundado el *Grao* sobre las arenas abandonadas por el mar, del propio modo nació Liorna y ha llegado á ser la heredera de Pisa, ó sea el gran puerto de la Toscana.

Liorna, pues, es una ciudad sin historia.—Hace cuatro siglos era una aldea de pescadores y marineros, que apenas encerraría mil almas. Hoy es una grande y vistosa ciudad de 78,000 habitantes.—En cambio, Pisa, que tenía 150,000 habitantes en la Edad-Media, solo cuenta ahora 27,000.

El puerto de Liorna fue construido á fines del siglo XVI.—Desde entonces es el lugar de cita de todos los comerciantes de Oriente. Una amplia libertad de cultos, que ha permitido erigir en la ciudad una sinagoga, una capilla para árabes maronitas, dos templos griegos y otros dos protestantes; el ser puerto franco, y el haberse abierto canales desde la orilla del mar hasta el centro de la población, á fin de cargar y descargar las mercancías en los mismos almacenes, han sido estímulos mas que suficientes para atraer á Liorna gente de todos los países,—aventureros, contrabandistas, desertores, piratas, renegados, comerciantes de todo y de sí mismos, que la han convertido en una especie de Gibraltar.

Cuando saltamos á tierra, nos rodeó una nube de gente oficiosa, miserable y sumamente locuaz, que nos ofrecía sus servicios.

En aquella triste muchedumbre me llamaron la atención dos cosas: la distinción aristocrática de su aspecto, y las formas correctas de su lenguaje.—Diríase que eran antiguos patricios de Florencia convertidos en pordioseros.

¡Qué finura, qué espresion en los rostros! ¡Qué fúnebre elegancia en los harapos! ¡Qué cortesía, qué insinuación en las maneras! ¡Qué discreción y pureza en el decir! ¡Qué esquisita adulación!

Los mas pobres y andrajosos tenían el tipo de los nobles personajes retratados por Ticio: delicado perfil, largas cabelleras, severas calvas, diplomático gesto, barbas teatrales, miradas de astucia, graciosas sonrisas, frentes de inteligencia, delgada musculatura, actitudes cortesanas.

En cuanto á su modo de espresarse, hubiera dado envidia á un académico.—Los toscanos saben que hablan bien, y por consiguiente hablan mucho. Tantos siglos de refinada cultura han trabajado y pulimentado su lengua de tal modo que para decir la cosa mas sencilla se valen de mil fórmulas diferentes, á cual mas retórica y galante, y de prolijos rodeos y donosos giros, pronunciados con esmerada pulcritud, enfática y melodiosamente, recortando, en fin, las sílabas y las palabras, como si declamasen en un teatro.

Inútil creo decir que estos aires príncipescos y esta alambicada *civiltá* del populacho me desagradaron profundamente, ó por mejor decir, me horrorizaron y movieron á compasión. Aquellos no eran pobres: eran empobrecidos. Aquella no era la clase popular, era la ruina de la clase alta. Cada hombre parecía la víctima de una tragedia. Allí no podía haber un solo desgraciado ignorante de su suerte ó resignado con ella.—Se diría que ninguno era ciego de nacimiento. ¡Qué desesperación reinaría en sus almas!—¿En dónde estaban la sencillez, la

inocencia, la mansedumbre, la buena fe, la noble humildad de los *desheredados* de otros países?—¿En dónde ese pueblo sano, fuerte, generoso, varonil, sufrido, que es en todas las naciones como la cantera bruta de donde se arrancan las grandes virtudes, donde se tallan los mas nobles caracteres, donde se conserva pura la fé, donde residen la savia y la fuerza que regeneran constantemente la sociedad?

Allí no había tal pueblo: allí no había mas que escombros y escoria de seres envejecidos. Aquella pobreza parecía hija del juego y la bancarrota ó de la embriaguez y la pereza.

Pronto supe que la mayor parte de aquella gente allegadiza que obstruía los desembarcaderos, eran florentinos de la capital.

La verdadera población de Liorna es muy diferente; pues se compone de comerciantes de todos los países, de activos industriales y de riquísimos contrabandistas.

Los judíos, en número de 8,000, gozan de todos los derechos de ciudadanos; visten á la europea, y hablan perfectamente el español.

Las calles de Liorna son generalmente buenas. Entre ellas tiene fama una magnífica, llamada antes *via Ferdinanda* y hoy *via Vittorio Emanuele*.

La *Plaza de Armas* es también muy hermosa.—En ella hay un monumento bastante notable levantado en honor del gran duque Fernando I, que reinó de 1587 á 1609, y á quien Liorna debe todo lo que es.

Aquel monumento se reduce á una gran estatua del príncipe labrada en mármol, á cuyos pies están encadenados cuatro esclavos de bronce.

Liorna es una de las poquísimas ciudades de Italia que no han sido corte en ningun tiempo. Por esto, y por haber nacido ayer, como quien dice, destinada desde luego al tráfico y la industria, carece de obras de arte.

En cuanto á su historia, se reduce á dos palabras. Ha pertenecido al Gran Ducado de Toscana hasta que este dejó de existir hace poco mas de un año, y hoy forma parte del reino de Italia.—En 1848 fue la primera que se sublevó contra la casa de Lorena.

Nosotros nos alojamos en un hotel que se ha llamado siempre *Vittoria*; pero cuya muestra ha sido enmendada últimamente, convirtiendo la *a* de *Vittoria* en *o* y añadiendo despues *Emanuele* con letras de diferente carácter.—Llámase, pues, hoy: *Hotel-Vittorio-Emanuele*...

R... o... ro; s... i... si; n... a... na:—¡Rosina!

Durante las ocho horas que permanecemos en Liorna, debimos muy delicadas atenciones al señor cónsul de España.—Si por acaso llega á leer estas líneas, vea en ellas un humilde testimonio de mi gratitud y afecto.

Finalmente; Jussuf, (que á la media hora de entrar en una ciudad sabe ya todo lo que hay en ella, todo lo que sucede, la topografía y la estadística, y hasta conoce á muchas personas,) nos condujo á ver una maravilla que había descubierto, y que él espresaba de esta manera:

—Venid á ver Marruecos.

El *Marruecos* de Jussuf era un gran *Bazar Oriental*,—el mejor que yo he visto hasta ahora,—en que se venden toda clase de objetos antiguos y modernos, históricos ó de puro lujo, preciosos por su forma ó por su origen, procedentes de Marruecos, de Argel, de Egipto, de Turquía, de Persia, de la Arabia, de la India, de la China, de Rusia, del Japon y de otros apartados países.—Armas, telas, perfumes, joyas, muebles, monedas, libros, ropas, calzado, opio, café, hatchis, pieles, curiosidades arqueológicas, yerbas, flores, mómias, animales disecados, todo se encuentra en aquella magnífica colección, siendo aun mas notable que las mercancías el personaje que las espone, viejo cosmopolita, cuya legítima patria no hemos podido averiguar, y verdadero prodigio de erudición acerca de la vida, de las costumbres, de las artes y de la industria de todos los pueblos de Asia y Africa.

A las cuatro de la tarde salimos para la ilustre Pisa.

El viaje se hace en ferro-carril y en poco mas de media hora.

El pais que se recorre entre las dos ciudades es amenísimo, aunque lo inundan frecuentemente las aguas del Arno.

En el tren iban muchos ingleses, que se dirigian á Pisa, á fin de pasar en ella el invierno.

El clima de Pisa es uno de los mas dulces de Europa, y está muy recomendado á los tísicos.

El frio no baja nunca de los siete grados sobre cero, ni el calor sube de los veinte y cuatro.

En el mismo coche que nosotros, iban tres elegantísimas inglesas, de las que dos eran jóvenes y hermosas y parecian hijas de la tercera.—¡Ay! todas tres necesitaban respirar los aires benignos de los *Montes-Pisanos!*

Particularmente una de las jóvenes, se asemejaba á una azucena marchita.—En sus ojos azules se entrevia ya la eternidad. Dos largos bucles de amarillo pelo oscilaban sobre su cuello de cisne. Su semblante parecia de marfil, y recordaba los ideales rostros de los serafines pintados por Beato Angélico.

Su hermana, que era mayor y prometia un año mas de vida, la miraba con miedo, veneracion y ternura, como diciendo: «Ella morirá antes que yo. Si ella se salvara, yo me salvaria. Pero cuando ella espere, yo empezaré á agonizar.»

La madre, que les habia legado la enfermedad, las contemplaba con un doloroso remordimiento y como avergonzada de vivir todavía.

¡Pobre madre! Tal vez no habia muerto ya por no dejar solas á aquellas dos caras prendas de su amor y su cuidado: quizás la enfermedad de sus hijas era el sosten de su existencia: quizás no sufría su propio mal, porque estaba toda consagrada al mal ageno.

¡Ah! No es este el único caso en que el amor sirve de medicina. ¡No siempre tiene uno tiempo de morirse! El que vive en otro, no puede morir *en sí*.—Es como si un asesino viniese á matarnos y no nos encontrase en casa.....

Mientras yo pensaba de esta manera, el tren se acercaba á Pisa, á *Pisa la morta*, como poéticamente la llaman los italianos.

Pocas ciudades tendrán una historia tan dramática y gloriosa como Pisa.—Fundada por los griegos, engrandecida por los romanos, asiento despues de marqueses y condes que la gobernaron soberanamente, república, en fin, tan ilustre cuando menos como las de Génova y Venecia, y rival y vencedora de ellas en muchas ocasiones, Pisa dominó largo tiempo en el Mediterráneo, donde sus galeas fueron tan respetadas como temidos sus ejércitos en tierra. Ella arrancó á los sarracenos la Cerdeña y las Islas Baleares; envió sus hijos á la conquista del Santo Sepulcro; luchó denodadamente con los piratas que rondaban las playas de Europa, como los lobos los apriscos; llevó su comercio de Cádiz á Crimea, y con él la civilizacion y la cultura; fue emporio de las ciencias y de las artes, y asombró al mundo con sus monumentos. Pero, desgraciadamente para ella, conservó su carácter díscolo y guerrero en sus relaciones con Luca, Génova y Florencia, sus hermanas y vecinas, y militó bajo el estandarte *gibelino* en las grandes luchas del Imperio con el Papado. Esto le enagenó las simpatías de Italia. Sus rivales cayeron entonces sobre ella (1250); destruyeron sus escuadras; devastaron su territorio; la conquistaron en fin, y la hicieron decaer y agonizar precisamente en el instante que se levantaban y empezaban á florecer muchas otras ciudades de la península.

La agonía de Pisa se prolongó todavía dos siglos.—Durante ellos se resolvió desesperadamente bajo el yugo de Florencia, sacudiéndole mas de una vez, gracias al heróico esfuerzo de los pisanos... y hasta de sus mujeres, que se batieron denodadamente, eclipsando el valor de los mas fuertes varones, el último día de la libertad de Pisa.—Despues de este supremo combate, y en tanto que los florentinos entraban por una puerta de la capital, la mitad de los pisanos emigraba por otra.

El mar, indignado (diria un poeta místico) de rendir tributo á una ciudad abierta (como hoy Liorna) á moros y judíos, turcos y árabes y toda clase de enemigos de Dios, se habia retirado ya de sus muros. Liorna surgía por otra parte, atrayendo al resto de la poblacion de Pisa...—Quedó, pues, esta casi despoblada, *muerta* como se halla hoy, y á merced desde entonces de los victoriosos florentinos.

¡Ah! Diríase que á Pisa le ha alcanzado la enérgica maldición de Dante:

Ahi Pisa, vituperio delle genti
del bel paese lá, dove 'l sí suona;
poiché i vicini á te punir son lenti,

muovansi la Capraia é la Gorgona,
é faccian siepe ad Arno in su la foce,
sí ch' egli annieghi in te ogni persona.

La *Capraia* y la *Gorgona* no se han movido, ni el Arno ha ahogado á toda persona en la ciudad *vituperio de las gentes* del bello país en que se pronuncia con tanta suavidad el monosílabo del amor; pero no por eso ha dejado Pisa de espiar amargamente sus errores.